

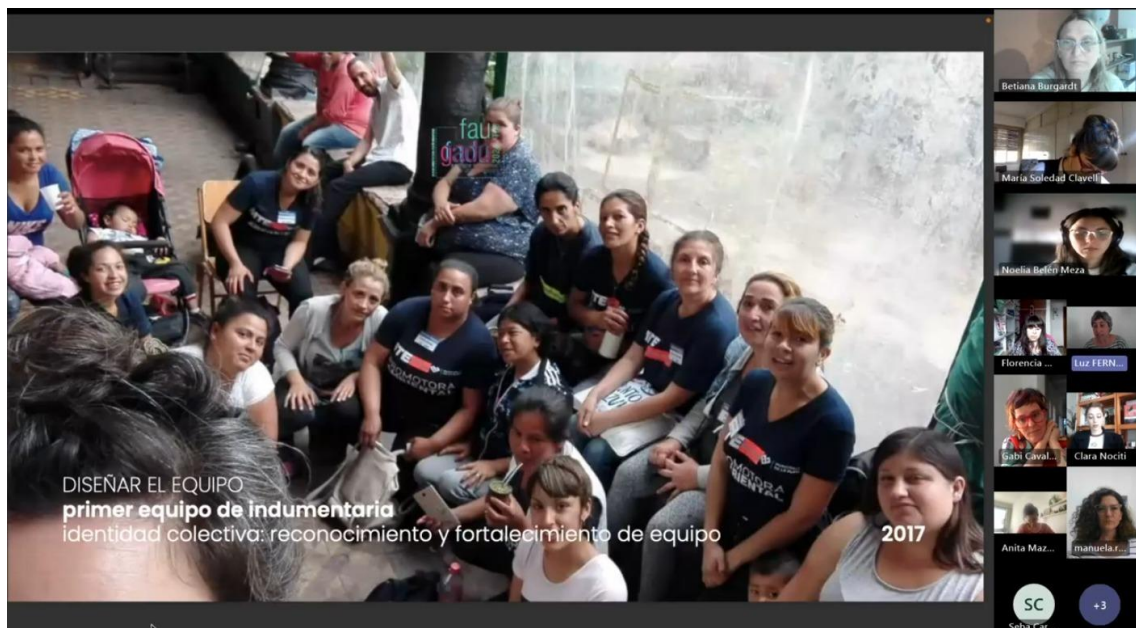
## PROMOTORAS AMBIENTALES Y ECONOMÍAS POPULARES. LA PLATA, BERISSO Y ENSENADA

**FERNÁNDEZ, Luz**

Soy Luz Fernández, diseñadora industrial y militante del Movimiento de Trabajadores Excluidos (MTE) de La Plata, Berisso y Ensenada. Pensaba que iba a militar y que mi profesión nada tenía que ver con eso. En 2016 la militancia era territorial: recorriamos los barrios y nos encontrábamos con las familias cartoneras, tomando conciencia de lo que significaba su vida y su trabajo. Ahí es donde empiezo a conectar mi profesión con la militancia.

En esas recorridas encontramos que las mujeres, como en la mayoría de los lugares del mundo, estaban recluidas a las tareas de cuidado y del hogar. Pero específicamente en ellas descubrimos que tenían muchos saberes vinculados al oficio de cartonear y separar los materiales una vez recolectados de la calle para después venderlos; aunque no participaban activamente de muchas cuestiones en el trabajo. Con ese panorama decidimos, en la Regional, abordar un sector exclusivo para motorizar el trabajo de promotoras ambientales, como parte de un programa que se llevaba a nivel nacional.

Lo primero que hubo que hacer fue diseñar el equipo de promotoras, tarea ardua. En los barrios se construye a partir de la familiaridad, y había muchas resistencias sociales e intrafamiliares sobre las mujeres: ¿para qué se van a juntar? ¿por qué tienen que salir a trabajar? ¿para qué necesitamos promotoras ambientales, si con cartonear y vender los residuos ya está? En paralelo estábamos armando una cooperativa con un sistema de recolección en calle y un espacio físico de separación y comercialización. La pregunta constante, sobre todo de los varones cartoneros, era para qué se necesitaban las promotoras ambientales.



Entonces hubo que hacer un trabajo muy fuerte para que ellas mismas defendieran su trabajo y el equipo, se identificaran como tales, reconocieran que era su espacio y entendieran que allí debían ir sin hijas e hijos. Comprendieron que para poder formarse necesitaban desprenderse de ellos, porque al principio venían en bloque. Yo particularmente no me oponía, pero había discursos militantes que sostenían, como si fuera algo sencillo, que tenían que asistir sin sus hijos e hijas. Desde la práctica eso era muy complejo: todas sabíamos que no podían simplemente decir “me voy a trabajar y dejo a mis pibes/as”.

Cuando empezaron a trabajar, lo primero que abordamos fue el relato: poder comunicar la importancia de ese oficio, la relevancia de que las personas separen los residuos y los entreguen a cooperativas de cartoneros, en lugar de dejarlos en la calle, porque si no era exactamente lo mismo. Muchas de nuestras compañeras no estaban alfabetizadas, por lo que tuvimos que trabajar evitando que se sintieran excluidas. Las que no sabían leer o escribir no necesariamente tenían que dejar de trabajar: se sumaban. Usamos herramientas como el teatro, reconociendo la



voz, y empezamos a trabajar con ellas la cuestión de los conocimientos. Nos dimos cuenta de que tenían muchos saberes, sólo era cuestión de ordenarlos.

Utilizamos un cuaderno para que pudieran mapear y escribir; un identificador que dijera que eran promotoras urbanas; un uniforme de trabajo. Con esos elementos diseñados junto a ellas apareció la cuestión de la identidad. Al principio pensamos que era hacia afuera, para mostrar que pertenecían a un espacio y que tenían un trabajo determinado, pero en realidad también fue una construcción hacia adentro. Les dio un montón de poder tener remeras, chalecos, identificadores, su propio cuaderno, su lapicera, su kit para salir.

Diseñamos el relato en distintos soportes: con la voz, por escrito, con juegos, pensando que lo lúdico era un recurso para trabajar en escuelas y que ellas mismas disfrutaran. En sectores donde hay múltiples derechos vulnerados, se pierde la capacidad de jugar. Volver a esos espacios y encontrar diversión en el trabajo fue clave.

Así llegamos a las escuelas. Nuestro rol fue acompañarlas, no monopolizar la palabra. Se encontraron con algo inesperado: la buena recepción de su voz, de su presencia, con escucha, preguntas, interés, el mate compartido. Construimos en la Facultad de Artes puntos azules, les pedimos a distintos espacios de la universidad que las promotoras habitaran esos lugares para contar los proyectos de extensión que realizaban y que ellas comprendieran que podían ir a la universidad. Algunas terminaron la secundaria con el Plan Fines y se inscribieron en carreras universitarias. Hubo hasta ese proceso de pensar que podían acercarse a la universidad y recibir certificados.

Hoy el cuerpo de promotoras está consolidado, en este caso dentro de la cooperativa *Recicladores Unidos*, que forma parte de la Regional. Las promotoras trabajan haciendo promoción en escuelas, distintos organismos, puerta a puerta, en festivales y ferias, dependiendo de las articulaciones.

Para mí fue una experiencia reveladora sobre las posibilidades de nuestras profesiones. Pasé de trabajar en un estudio de arquitectura y mobiliario sustentable a realmente poner las manos y los pies en el territorio, comprender dónde está ese armado de sustentabilidad en otros planos, formar parte de un proyecto para crear una cooperativa de recuperación de residuos secos, poner en marcha un sistema con acuerdo municipal, armar un equipo de promotoras y pensar diariamente cómo construir estas cosas.

El trabajo formal que creamos es algo dado en algunos sectores, pero no es tan fácil de configurar para quienes nunca tuvieron un empleo formal. Pensar una jornada laboral, un sueldo que administrar durante el mes, cuando se vive día a día; armar una logística familiar de dónde dejar a los y las hijas. Mucha gente se pregunta por qué llevan a sus hijos en el carro, y la respuesta es simple: ¿dónde los van a dejar, con quién? Hay un universo rico y complejo cuando articulamos sin prejuicios.

